

Inspectoría Salesiana María Auxiliadora
Comunidad Salesiana de Barcelona Martí-Codolar



salesianos
MARÍA AUXILIADORA



ANTONIO CABELLO MARTÍNEZ

Salesiano presbítero

***Estébenez de la Calzada (León), 11 de marzo de 1923**
+Barcelona, 31 de enero de 2021



ANTONIO CABELLO MARTÍNEZ

Salesiano presbítero

Queridos hermanos salesianos, familiares y amigos:

Las restricciones impuestas para controlar la pandemia covid-19 limitaron movimientos, visitas y celebraciones, pero, en la Enfermería de Martí-Codolar, no nos impidieron prepararnos con sencillez para la fiesta de san Juan Bosco 2021.

Las fiestas siempre tienen sorpresa. Para nosotros, la de este año fue la muerte serena de Antonio Cabello, cercano ya a los 98 años de edad.

Es triste encontrarte muerto en la cama a un hermano que pocas horas antes te dio las buenas noches recitando el salmo 89 en latín: *Domine, refugium factus es nobis a generatione in generationem... Mille anni ante oculos tuos tamquam dies hesternæ quæ præterit, et custodia in nocte... Anni nostri sicut aranea meditantur; dies annorum nostrorum in ipsis septuaginta anni. Si autem in potentatibus octoginta anni, et amplius eorum labor et dolor...*

La confianza en Dios y la reciedumbre física no quitan peso a los años: para Antonio ya eran mucha carga. Lo decía con frecuencia; y esa noche hasta comentó, con cierta ironía, que la sabiduría del salmo se había quedado corta con él, que se acercaba a los cien.

Sin embargo, para un salesiano con una trayectoria como la suya, ¿qué mayor alegría que salir de este mundo sabiendo que Don Bosco te espera junto a Dios mientras escucha la voz de toda la familia salesiana aclamándolo como “padre y pastor”?



SU PUEBLO Y SU FAMILIA

Para cada uno el propio pueblo empieza siendo el mejor y el más grande. Así fue Estébanez de la Calzada (León) para Antonio. Allí había nacido el 11 de marzo de 1923. Que fuera una pedanía de apenas 250 habitantes y escasos recursos, en el municipio de Villarejo de Órbigo, no mermaba su “grandeza”. Antonio fue siempre un enamorado de su “pueblín”, de sus gentes recias y de su flamante iglesia de la Asunción.

Sus padres, Antonio y Flora, acogieron sorprendidos el inmenso regalo de dos vidas, la de Antonio y su gemela María. Fue un gozo que, como él mismo había oído de su madre, algunas vecinas no podían comprender, temiendo por la vida de uno de los dos recién nacidos... “¿Qué habrían dicho si nos hubieran visto ahora a los dos, vivos, casi 98 años después?”, apostillaba complacido.

Mantuvo el apego y reverencia hacia su madre, unidos al respeto y distancia con su padre, campesino consagrado a sus tierras y animales, hombre serio y muy reservado que nunca hablaba de su familia. Antonio, de hecho, no llegó a saber si era de La Maragatería (al Val de San Lorenzo iban para alguna fiesta) o de La Vega.

Para celebrar el 90 cumpleaños escribió: “90 años: no sé si vacíos o llenos; Dios lo sabe, suyos son y me invitan a hacer mía la palabra bíblica de Hb 13,7 *acordaos de vuestros mayores*:

¡Oh, Señor, qué dos personas que, muertas, vivas están!
Flora, evangelio viviente, maestra en darse y orar,
sonreír y abrir la puerta al necesitado y pobre y a cuantos a su casa van.
Y qué decir de tu Antonio, serio, asaz cantor de verdad,
austero y de pocas palabras, firme, trabajador, leal.
Gracias por vuestras lecciones, pues frutos, los veis, os dan”.

En medio de siete hermanos, seis niñas y otro niño mayor que él, se desarrolló la infancia de Antonio. Ahí se afianzó su carácter combativo, seguro de sí, apegado y fiel a los suyos.



La preocupación por el bienestar de todos fue una constante hasta el final de sus días; en primer lugar, el de los de la familia y los del pueblo, sí, pero también el de los alumnos y sus padres, o el de religiosas y emigrantes... ¡Cuántos desvelos por ayudar a arreglar situaciones complicadas para gente sin medios ni formación! Desde buscar un médico o un trabajo en la capital, a la recomendación para escolarizar un hijo o la pequeña limosna para facilitar un desplazamiento o una comida; sin decir nada del aprecio por la labor de sus amigos misioneros, a los que siempre quería aportar algo más que buenas palabras.

Pertenecer a una familia numerosa y unida, y vivir casi 100 años, es fuente de muchas alegrías, pero también, naturalmente, de no pocos sinsabores. Los más tristes por la pérdida temprana de seres queridos: su madre murió con 65 años, en 1953, cuando Antonio acababa de cumplir los 30 y estaba a punto de ser ordenado sacerdote; su sobrina Bene, que se había desvivido por el abuelo, murió con poco más de 40; y luego, a los 60, Consuelo, Hija de María Auxiliadora y generosa catequista en Estébanez mientras atendió a su padre y el pueblo estaba sin cura párroco; y a los 64 su apreciado sobrino Paco, simpático “apóstol de los necesitados y devoto de la Eucaristía y de María Auxiliadora”, como escribirá de él en el Boletín Salesiano de junio de 2011...

NO LO QUISIERON LOS REDENTORISTAS NI LOS JESUITAS. DIOS LO QUIZO SALESIANO.

Antonio, con todas las dudas e interrogantes que planteaba implacable hasta el último día de su vida, tenía una certeza: su vocación religiosa era la de su madre Flora, “una mujer sacerdotal”, decía él. Y en los versos que hemos recogido más arriba no tiene reparo en llamarla “evangelio viviente, maestra en darse y orar”. Su amor y su ejemplo le van a servir de acicate continuo para una fidelidad inquebrantable a su vocación sacerdotal de salesiano educador.



Aquella cristiana de pueblo era consciente tanto de que la educación de los ocho hijos era asunto que el marido dejaba en sus manos como de que la hacienda familiar no daba para llenar tantas vidas. Había que buscar fuera algo para Antonio.

Primero lo llevó a los Redentoristas de Astorga, que no lo admitieron. Tampoco tuvo suerte con los Jesuitas de León. La buena mujer consultó, entonces, con su hermano Miguel, que era Hermano de La Salle en Palencia. Fue él quien la puso en contacto con el salesiano Esteban Ruiz. Era este un fino y simpático promotor vocacional que captó inmediatamente la calidad humana y religiosa de la madre y de su niño de 12 años, y les abrió de par en par las puertas del seminario de Astudillo (Palencia). Antonio recordaba a Esteban Ruiz con cariño y alegría, como expresaba su cara de satisfacción cuando, a finales de 2020, pudo ver la foto y leer la reseña que hace de él el *Diccionario Biográfico Salesiano de España*.

Del año que pasó en Astudillo mencionaba a compañeros como Antonio Javierre o José Antonio Rico, que, con el tiempo iban a descollar en la vida de la congregación. Pero su paz de Astudillo terminó en 1939, el día en que don Tomás Baraut se presentó para espetarles: la Guerra ya acabó, ahora unos irán a Madrid y otros a Barcelona. “A mí --con Pascual Malo, Gabriel Larreta, Joaquín Valle...-- me mandaron a Barcelona. Para mí Barcelona era como el Extremo Oriente, lejos de mi familia y mi pueblo. Aquel día lloré tanto junto a una columna que el clérigo vino a tratar de consolarme... Pero, al fin, me fui y aquí sigo con 97 años”.

FORMACIÓN SALESIANA E INTELECTUAL

Tras completar el aspirantado en Sant Vicenç dels Horts (Barcelona), allí mismo hizo el noviciado con otros 37 compañeros (entre ellos su amigo Manuel Albizuri, Euniciano Martín, Antonio Mérida, Eugenio Ojer, Joaquín Ràfols, Pío Sánchez...), bajo la guía del Maestro don Lucas Pelaz; y emitió los primeros votos temporales el 16 de agosto de 1943.

De la resistencia de aquel novicio chaparero de 20 años se acuerda el entonces



aspirante Celedonio Azpitarte: “en el paseo de Sant Vicenç al Tibidabo me torcí un pie y Antonio me llevó a cuestras”. Y sesenta años después, ya octogenario, en la fiesta de San Francisco de Sales de 2004, comunica al Inspector-Provincial que ha decidido donar su cuerpo a la ciencia: “como posible y humilde servicio (práctica docencia médica, investigación) a la vida de otras personas. He tenido un organismo sano y rico, y por la generosidad de Dios, he llegado a los 80 años, en los que he tratado de *ser servus Dei, apostolus autem Jesuchristi*; sí, con un sinfín de puntos negros e infidelidades. Estando ahora ya en la etapa final hacia la gran fiesta de la vida eterna, me acojo a la misericordia y paciencia de Dios conmigo (2P 3,9)”.

La formación sacerdotal de mediados del siglo XX comprendía una primera fase, centrada en el estudio de las lenguas castellana y latina, a lo largo de seis cursos de Humanidades y Filosofía que habían ido adquiriendo un progresivo carácter racionalista. Indudablemente esta fue la matriz de la *mens scholastica* de Antonio Cabello, buscando asiento sólido y comprensión para una fe (*quaerens intellectum*) y una misión al servicio de los hijos del pueblo (educar y evangelizar) que él, sin renegar jamás de sus raíces rústicas, llamaba “desasnar”. Se trataba de enseñar a hablar bien, a escribir bien, a leer bien, a trabajar bien, a defenderse bien... y, ¿por qué no?, también a comer bien. En definitiva, a vivir bien todos, no solo los ricos.

Los dos cursos de estudios de filosofía y pedagogía salesiana, en Gerona, lo prepararon para cuatro años de agotadora pero muy gratificante actividad educativa y pastoral en el colegio San Antonio Abad de Valencia. Fue tal la compenetración entre los alumnos de bachillerato y su joven y exigente profesor que, en junio de 1999, no dudaron en volverse a juntar para celebrar las Bodas de Oro de la Primera Promoción. En esta ocasión, un encorbatado anciano feliz, rodeado de satisfechos caballeros de casi su misma edad, ha sustituido al ensotonado clérigo de la foto de 1948 en un paseo por los alrededores de la Ciudad del Turia.

La víspera de San José de 1949, los salesianos llegaron a Martí-Codolar para convertir en casa de formación de sacerdotes y misioneros una finca y mansión barcelonesa que había sido santificada por la visita del mismísimo Don Bosco en mayo de 1886. Desde septiembre de 1949, aquí estará el



Seminario Teológico de los salesianos del noreste español. Entre los alumnos de aquel primer curso de Teología está Antonio Cabello Martínez.

Frente a los errores del Modernismo de finales del XIX, la carta encíclica de León XIII sobre la Educación del Clero (1900) quiso recuperar los principios de Santo Tomás de Aquino y estableció como ciencias propias del sacerdote católico la Teología Dogmática, la Teología Moral, la Sagrada Escritura, la Historia Eclesiástica y el Derecho Canónico. A ellas se consagraron los cuatro cursos de Martí-Codolar, donde, la disciplina comunitaria y el dinamismo salesiano de jóvenes religiosos veinteañeros sabían encontrar tiempo para cuidar la granja y los jardines (todavía recordaba Antonio cómo se engarriaba a las palmeras, para podarlas, en competición con Albizuri), cultivar la polifonía sacra y el teatro, y meterse en la prensa y publicaciones juveniles, una de las aficiones y preocupaciones de nuestro hermano hasta el final de sus días.

En agosto de 1951 hizo los votos perpetuos; y dos años más tarde, el 9 de agosto de 1953, recibió la ordenación sacerdotal. Tenía 30 años y su madre acababa de morir en abril. Viajando de Barcelona a León para asistir al entierro, tuvo que hacer escala en Madrid, donde el dolor del momento creció con la negativa a acogerlo del director de una comunidad que le indicó que se buscara pensión. Experiencias como esta marcan y contribuyen a crear desconfianza y distancias que, luego, más que acortar se tratará de defender.

¡Qué pena!: Aquella mujer que estuvo en el origen de su vida y de su vocación no podía participar de la alegría de su consagración. Comprensible que el luto acompañara su Primera Misa, para cuyo recordatorio escribió: "Por mi primer Sacrificio concede, oh Señor, el descanso eterno a mi querida madre", acabando con una invocación a la Virgen: "María, sé mi madre". El 30 de agosto de 1953, Estébanez de la Calzada, pueblo rico en vocaciones y, por lo mismo, experto en festejarlas, se volcó para celebrar la Primera Misa de Antonio con una solemnidad que a él y a la familia colmó de satisfacción.



VERITATEM FACIENTES IN CHARITATE (Ef 4,15)

Antonio tomó esta frase de la carta a los Efesios como lema de su ordenación. Cualquiera que le haya conocido convendrá en que lo de “la verdad” ha sido una constante en él. También lo de “la caridad”, claro. Lo que parecía costarle más era sincronizarlas. Su disponibilidad total para la caridad se avenía a regañadientes con “su verdad” exigente, que se expresaba sin miramientos ni componendas y originaba disgustos que, aunque le costara aceptarlo, después no dejaba de lamentar como una de sus debilidades.

En septiembre de 1953 ya está adscrito a la comunidad de Sarrià, su casa para los veinte años siguientes. Desde allí se va a prodigar en tres grandes campos de acción: la escuela, las publicaciones para jóvenes y la promoción de vocaciones salesianas. Sin desentenderse nunca, por supuesto, del ejercicio del ministerio sacerdotal, sobre todo con la predicación, a la que, hasta los últimos días, se prestaba con gusto y competencia.

1º LA ESCUELA

Para los salesianos, la escuela, como medio para promover “el desarrollo integral del joven mediante la asimilación y la elaboración crítica de la cultura y mediante la educación en la fe, con miras de transformación cristiana de la sociedad” (C 13), es un lugar carismático. Así lo había aprendido y practicado como joven salesiano en Valencia y así lo vivió hasta los 90 años en Sarrià, en Gerona, en América o en Barcelona-Horta.

La preparación intelectual del profesorado es requisito imprescindible para una buena educación. A ella se dedicó con todas sus energías, primero graduándose él en Filosofía por la Universidad de Barcelona, y luego exigiendo y animando a todos a cultivarse por todos los medios para elevar el nivel de las escuelas y ofrecer a los alumnos una educación de calidad.

La curiosidad intelectual y el esfuerzo por mantenerse al día solo se pueden estimular con la práctica y el ejemplo. Por eso no es de extrañar que, cuando en 1970 lo nombran Consejero Inspectorial de Escuelas, él mismo volviera a la universidad para hacer los cursos de doctorado y presentar un proyecto de tesis, dirigida por el Catedrático Dr. D. Alejandro Sanvisens Marfull, sobre “La aceleración histórica”, que no llegó a desarrollar.



Como conservó una vista bastante buena, el estudio y la lectura asidua de la Sagrada Escritura, de la prensa diaria, de libros de historia, de filosofía, de teología... --con un viejo diccionario de la RAE de 31*22 cm y un Pequeño Larousse siempre a mano--, satisfacían su necesidad de saber y comprender la marcha del mundo en el marco de una visión cristiana actualizada de la realidad, para que la predicación y las clases, sus grandes amores, estuvieran a la altura de la gran misión que les correspondía: ilustrar a la gente.

Dejar sin comunidad salesiana el colegio de Horta, donde pasó más de treinta años, fue uno de sus mayores disgustos. Lo consideraba un dislate contra la educación que propugnan los salesianos. A los 90 años, con la acrimonia que siempre caracterizó su dialéctica, aún combatió para que los superiores desistieran de la decisión; pero, una vez fijada, la aceptó “resignado (¡fe!), no indignado”, como escribía al Inspector-Provincial el 13 de mayo de 2013.

A partir de julio de 2013, Martí-Codolar sería su casa. Desde aquí seguiría añorando los tiempos del bullicio de los patios y de las clases de Horta, sin dejar nunca de interesarse por sus profesores y trabajadores, cuya valía humana y profesional sabía apreciar. Hasta recibió con satisfacción el nombramiento de Carles Pascual, en 2020, como primer Director Titular no salesiano de la obra de Horta.

2º LA BUENA PRENSA

Promover la “producción y difusión de libros, materiales y periódicos” (R 31) fue uno de los empeños que Don Bosco dejó a sus hijos. Por eso no extraña que, apenas cuatro años después de llegar a Barcelona, los Salesianos ya hubieran montado un taller de artes gráficas y creado una editorial —*Escuela Tipográfica y Librería Salesiana*, se llamaba— al servicio de la religión y la educación.

También aquí, Antonio Cabello iba a trabajar durante cerca de veinte años, desde que, siendo estudiante de teología, empezara a colaborar con otros compañeros en el lanzamiento, redacción y corrección de diversas revistas juveniles y obras educativas. Por ese tiempo la editorial de los salesianos en Barcelona había pasado a llamarse EDOSA. EDICIONES DOMINGO SAVIO (luego, Ediciones Don Bosco, y actualmente, GRUPO EDEBÉ). Los nombres propios de los salesianos rara vez aparecen en la revista JÓVENES, o en

CHIRIBÍN, pero eran su creatividad, empeño y entusiasmo los que movían estas publicaciones y las diversas colecciones (ARDILLA, HÉROES BÍBLICOS, DAMASCO...) que la editorial lanzó para niños y jóvenes.

El número 26 de los libritos de la colección Ardilla es *Domingo Savio* y su autor, Antonio Cabello. Dos folletos de la colección Damasco también fueron escritos por Antonio: *Manuel G. Morente. Como una luz que disipa las tinieblas*, en 1960, y *Juan H. Newman*, en 1961.

Escribir era una de sus aficiones. La practicó ofreciendo numerosos artículos de opinión y comentarios, poesías, reseñas o colaboraciones para revistas institucionales y periódicos colegiales y celebraciones varias. En los últimos años se lamentaba de haber dejado de escribir, pero conocía y admiraba lo que otros salesianos españoles eran capaces de publicar y citaba: Eugenio Alburquerque (sobre San Francisco de Sales), José Aldazábal (sobre liturgia), Juanjo Bartolomé (sobre Nuevo Testamento), Álvaro Ginel (sobre catequesis), José Joaquín Gómez (sobre “las cosas de Don Bosco” en el Boletín Salesiano)...

3ª LA PROMOCIÓN DE LAS VOCACIONES RELIGIOSAS

Que esta era una de las vertientes de la pasión apostólica de Antonio se demuestra con el interés que manifestó por el tema vocacional haciendo propuestas concretas a chicos y chicas, siguiendo la evolución de las personas, lamentando las deserciones, preocupándose por el futuro o discrepando de campañas y actividades que, según él, carecían de “chicha”.

Después de la Guerra Civil, las congregaciones religiosas, en España, se recuperaron con empuje arrollador, de modo que, en los años 60 y 70, el desarrollo de sus obras llegaría al apogeo e hizo preciso buscar religiosos por todas partes. Las zonas más industrializadas eran también las que concentraban más población y mayor actividad de religiosos, sobre todo en el ámbito de la enseñanza, como los salesianos; pero no eran las más fértiles vocacionalmente. Creyendo conveniente intensificar las campañas vocacionales en las zonas rurales que, desde la posguerra, venían alimentando seminarios y aspirantados, el Inspector-Provincial de Barcelona, don Isidro Segarra, encomendó a Antonio Cabello esa misión en las riberas de su Órbigo natal, en la provincia de León.



Entre 1958 y 1970, esta será la tarea principal de Antonio: contactar con maestros y sacerdotes de los pueblos; visitar las escuelas y hacer un somero examen de selección a los niños de 10-11 años que se presentaban como voluntarios para estudiar y ser sacerdotes en una congregación desconocida como los salesianos; contactar con las familias de los seleccionados para obtener su aquiescencia; mantener la correspondencia con ellas para que el niño pudiera trasladarse a Barcelona en el verano siguiente y participar en el Cursillo Vocacional del colegio de Horta, animado por jóvenes salesianos; intervenir en la asignación de candidatos al aspirantado del Tibidabo, en Barcelona, o al de la calle Heredia de Huesca; visitar alguna vez los aspirantados durante el curso...

Tarea ingente, sin duda. Y nada fácil, empezando por los viajes. Imaginemos lo que sería hacer en coche los 830 km entre Barcelona y Astorga por las carreteras españolas de aquellos años. Afortunadamente los superiores pusieron a su disposición un chófer simpático y decidido, el Sr. Antonio Barón, que, como buen escudero, ponía el realismo y sentido práctico que faltaban a Antonio.

En esos desplazamientos, el centro de operaciones era su querido “pueblín” de Estébanez de la Calzada. Desde allí, por la ribera del Órbigo, el Páramo y la Vega del Tuerto, se movía en una pequeña área de 600 km² (la superficie de León es de 15.581 km²) cuyos límites eran Bustillo del Páramo y Astorga (25 km de distancia de Este a Oeste), y Benavides de Órbigo y La Bañeza (24 km de Norte a Sur). Partiendo de algunos viejos conocidos y amigos, fue creando una red de contactos que le facilitaban la labor y le permitieron acompañar a más de 300 niños, procedentes de más de 40 poblaciones de aquella zona, como posibles candidatos a la vida religiosa salesiana en la Inspectoría de Barcelona. En algunos casos fue uno solo, pero en otros como San Cristóbal de la Polantera o Villoria fueron más de veinte.

Solo Dios sabe el valor de esa dedicación. Si únicamente ocho de aquellos hijos de tantas familias buenas que acogieron su propuesta llegaron a perseverar en la vida religiosa, no es de extrañar que Antonio se sintiera decepcionado hasta decir con el profeta: *in vacuum laboravi; sine causa et vane fortitudinem meam consumpsi* (Is 49,4). No le consolaba el argumento

de que el índice de perseverancia había sido similar en todas partes, o incluso menor; ni siquiera la posible labor de promoción social y cultural de muchos que aún hoy se lo agradecen, empezando por sus propios familiares. Se limitaba a constatar el hecho de que aquellos “no fueron tiempos de perseverancia y casi todos dejaron el seminario”. Era un asunto al que no le gustaba volver.

UNA FIDELIDAD INQUEBRANTABLE

En primer lugar, a Dios. El Antonio filósofo de razonamiento implacable sabía, como nadie, de debilidades humanas y se inclinaba con devoción de campesino creyente ante el Dios de nuestro Señor Jesucristo, en cuyo seguimiento gastó la vida con ardor de apóstol hasta el final.

Los achaques físicos que le obligaban a andar con dificultad no afectaron a su lucidez intelectual ni a su pasión apostólica y educadora. Perder el oído, pero no la voz fue una concesión de la naturaleza para este hombre más amigo de hablar que de escuchar. Su convicción de poseedor de la verdad le compelm a decirla con fuerza y sin muchas contemplaciones. La misma fuerza con que, con fervor, proclamaba alto y claro, hasta el último día, la Palabra de Dios.

No ocultaba cierta envidia por los compañeros misioneros; y, aunque hubieran sido breves, evocaba con gusto sus misiones fuera de España. A principios de los años 60 participó en la Gran Misión de Buenos Aires, organizada por el conocido padre paúl Pedro Langarica. Al llegar a Montevideo, recordaba, se corrió la voz “que vienen los falangistas”; pero los dejaron pasar y, ya en Buenos Aires, por las mañanas predicaba en el Mercado Dorrego, entre vendedores y compradores que iban a lo suyo; y, por las tardes, en el colegio de las salesianas. Tuvo entonces ocasión de dejarse acompañar y conocer el trabajo que Severiano Sanz y Ezequías Gonzalo desarrollaban en Paraguay. Más tarde, al cerrar el aspirantado de Gerona, no dudó en ofrecerse para trabajar en casas de formación en Hispanoamérica: Lima, Santiago de Chile y Coacalco (México) fueron sus centros de misión entre 1977 y 1980.

Su fidelidad a la Congregación se manifestaba como participación en la vida de su comunidad, interés y respeto por las orientaciones de los superiores y deseo de



verla engrandecida por las obras de los salesianos. Consciente de su torpeza para gestionar asuntos a ras de tierra y en contraste con otros, no haber sido nunca superior, lejos de menoscabarlo, le dejó libertad para dirigirse a cualquier nivel de autoridad exponiendo sus puntos de vista, discrepancias y propuestas y, haciendo saber que, en última instancia, siempre aceptaría lo que se dispusiera aunque contradijera el propio parecer.

No hace falta insistir sobre el aprecio e interés por la familia, el pueblo natal o la nación española, cuyas mejoras o adversidades eran sentidas por él siempre como propias. Pero estas notas sobre Antonio Cabello quedarían incompletas si olvidáramos el gran valor que daba a la amistad. Contar con gente de confianza que le ayudaba a moverse seguro en la vida ordinaria, era ciertamente una necesidad perentoria para un hombre con poco sentido práctico; por eso apreciaba cualquier atención prestada con sinceridad y sabía corresponder abriéndose él mismo y respondiendo con detalles (una recomendación, un chascarrillo, una pequeña propina, unos versos...) que iban fraguando una relación entrañable y duradera con hermanos salesianos, religiosas, antiguos alumnos, empleados o familias. Nos lo explicarían bien Julián y Pepi, Pere Obiols o don Vicente Alberdi; pero se entiende mejor en los versos de la elegía que escribió con lágrimas al enterarse de la muerte de este último en octubre de 2020:

“¡Alberdi... Alberdi... Alberdi...! Cantar quisiera y no puedo.
Hombre con ilusión y de orden, de familia y de sonrisa,
guía para el joven de hoy, aliento, bienestar, armonía...
Maestro del dedal y la aguja, enseña confección y elegancia,
música, compás, solfeo, amigo fiel que no engaña”.

Con la partida de este amigo, poco más joven que él, Antonio no acababa de asimilar por qué él, ya tan limitado, había de seguir en esta tierra: Señor, ya podrías dejar a tu siervo irse en paz (Cfr Lc 2,29).

“¡Cuántas y cuántas veces, siendo niño, mi madre Flora me decía: ¡Antonín, al acostarte, no te olvides de dar gracias a Dios por los beneficios que de Él recibes cada día! -- ¡Sí, mamá, lo hago! Y así lo he mantenido toda la vida”. Con ese GRACIAS se durmió Antonio también la noche del 30 al 31 de enero de 2021.

Ahora somos nosotros los que damos gracias a Dios por una vida tan rica como ha sido la de nuestro hermano, que aunque a veces nos increpó nunca dejó de amarnos con el mismo amor que amaba a todos los miembros de su familia o a sus numerosos amigos. El suyo no era un corazón partido, era un corazón entero, como el de nuestro Padre Dios, en cuya casa cabemos todos, ¡incluso Antonio Cabello con sus arrebatos! Él estaba convencido de ello y por eso, después, le sabía mal y pedía compasión por “este pobre viejo”; llegando hasta reírse de sí mismo y de este mundo que pasa, porque, para él y para nosotros, es incuestionable el ¡*SOLO DIOS BASTA!* de Santa Teresa.

Orlando González.
Comunidad Salesiana de Martí-Codolar.

Mayo de 2021

Inspección Salesiana María Auxiliadora
Comunidad Salesiana de Barcelona Martí-Codolar



salesianos
MARÍA AUXILIADORA

Datos para el Necrologio

ANTONIO CABELLO MARTÍNEZ, salesiano presbítero

Nació en Estébanez de la Calzada (León), el 11 de marzo de 1923

Falleció en Barcelona, el 31 de enero de 2021

Tenía 97 años de edad y había cumplido los 77 de salesiano y los 67 de sacerdote.